

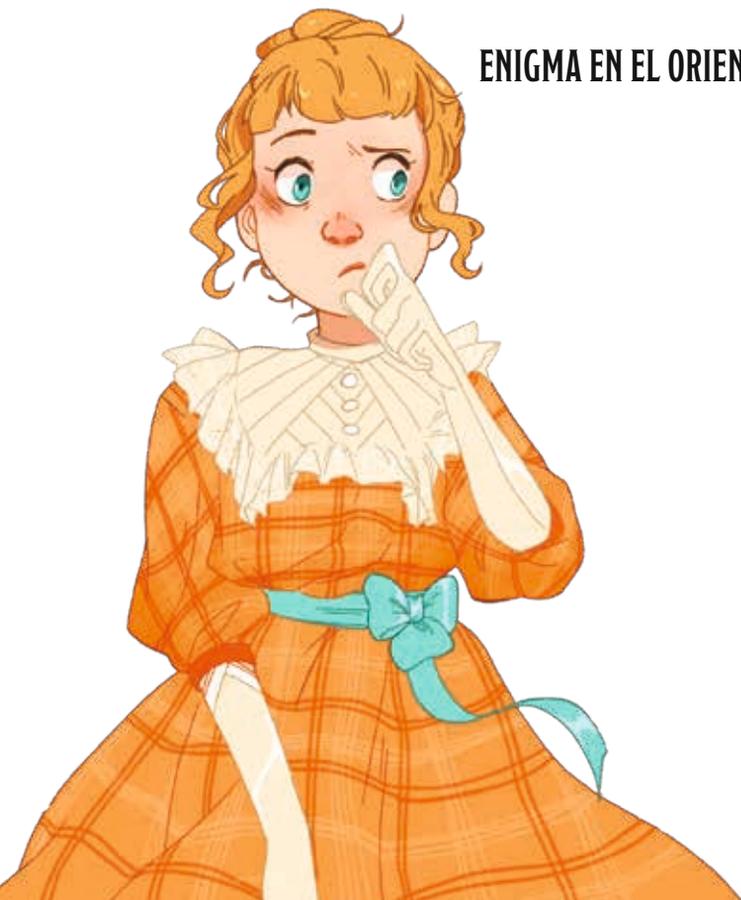
Christine Palluy

Yo leo, yo investigo

Sophie Leullier

# Miss Agatha

ENIGMA EN EL ORIENT EXPRESS



LAROUSSE



Agatha



Archibald



Max





### La familia Christie

A **miss Agatha**, una niña inglesa resuelta y avispada, le encanta dirigir y resolver investigaciones policiales.

Su hermano mayor, **Archibald**, un amante de los grandes inventos de su época, la acompaña gustosamente en sus peripecias.

**Max**, el pequeño acróbata huérfano acogido por la familia Christie (ver volumen I), pone todas sus ganas en seguir y ayudar a sus dos amigos mayores.

**Glara Christie**, la madre de Agatha y Archibald, es una joven viuda rica y moderna que cree en las virtudes educativas de los viajes.

**Jeanne**, la institutriz francesa encargada de la educación de los niños, centra sus esfuerzos en mantener, mal que bien, la disciplina y las buenas maneras de su pequeño equipo de investigadores.

## Un largo viaje

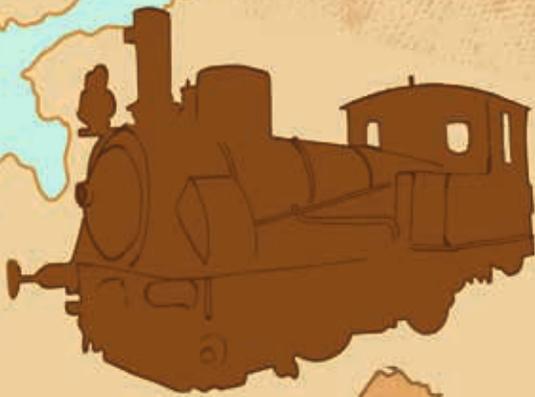
La familia de Agatha emprende un largo viaje a través de la Europa de la Belle Époque. Los Christie parten de Londres para permanecer varias semanas en París. Allí descubrirán la ciudad, visitarán la Exposición Universal y subirán a bordo del tren de los reyes, el Orient Express. Tras hacer escala en Viena y desviarse a Venecia, continuarán su periplo hacia Constantinopla.

Londres

París

Venecia





**Viena**

**Constantinopla**



# 1



## ¡Bienvenidos a bordo del Orient Express!

**E**n este fin de año, el viento empujaba las nubes grises y hacía que todo París se estremeciese de frío. Archibald y Agatha, con la frente pegada a la ventana de su habitación del Grand Hôtel, admiraban por última vez las estatuas doradas de la Ópera Garnier. A ras de suelo, unas hojas rojizas revoloteaban por un bullicioso bulevar transitado por coches y carretas.

—Niños, terminad de hacer las maletas—apremió Clara con impaciencia—. Miss Jeanne y Max nos están esperando en el vestíbulo.

Archibald exhaló un gemido de tristeza.

—¿Crees que volveremos a ver París? —le preguntó a su hermana pequeña—. Me ha gustado mucho esta ciudad.

—Si te lo propones, volverás a París, ¡seguro que sí! —exclamó Agatha mientras recogía los frascos que tenía en el baño—. ¡Yo también volveré algún día!

Los Christie habían partido de Londres en el mes de junio para emprender un largo viaje que los llevaría a descubrir Europa. Tras la muerte de su marido, Clara se prometió a sí misma que educaría a sus dos hijos como habían decidido hacerlo juntos, con muchos viajes. Miss Jeanne, la institutriz francesa, y el pequeño Max, un huérfano encontrado en las calles de Londres, los acompañaban en su viaje. No habían previsto todavía ninguna fecha de regreso.

Cerrando su maleta de cuero, Agatha continuó diciendo:

—A mí me ha encantado París y también los días que pasamos en Niza a principios de agosto. ¡Había tantos aristócratas e ingleses ricos en el hotel que apenas hablé francés! Hasta podríamos habernos cruzado allí con la reina Victoria o con su hijo, el príncipe Eduardo.

Archibald puso cara de pillo:

—Parece que los británicos salen de debajo de las piedras en invierno. A las pruebas me remito: en Niza, la avenida que bordea la costa se llama «paseo de los ingleses».

El botones apareció entonces para cargar los baúles y las maletas. Clara pidió que se las dejaran en la estación, pagó la cuenta y subió la última al coche que había hecho llamar.

—¡A la aventura, queridos viajeros! —gritó con una radiante sonrisa—. Que el Orient Express nos lleve hasta la magnífica Viena de los artistas y los intelectuales.

Miss Jeanne asintió con gesto de satisfacción.

—¡Me encantan los trenes! —murmuró Agatha acurrucándose sobre su madre—. He oído decir que el Orient Express es el más bonito de todos.

—¡Es el tren de los reyes y el rey de los trenes! —respondió con orgullo Archibald.

Las maletas llegaron poco después que sus propietarios a la multitud y los ruidos de la estación. Clara cogió la jaula del pájaro que sus hijos habían amaestrado.

—Max, estaría bien que tranquilizaras al pobre Goldy. Está muy asustado.

Clara se giró, sorprendida por no haber obtenido respuesta alguna.

—Miss Jeanne, ¿sabe usted dónde está Max? —preguntó Clara—. Estaba jugando aquí hasta hace un momento.

La institutriz dio una vuelta sobre sí misma para inspeccionar toda la estación de un vistazo. Sin lugar a dudas, el pequeño acróbata había desaparecido.

—Voy... ¡voy a buscarlo, lady Christie! —dijo miss Jeanne, presa del pánico.

—Voy con usted —decidió Clara—. ¡Niños, quedaos aquí vigilando el equipaje!

Archibald consultó con nerviosismo su reloj.

—¡Daos prisa, el tren está a punto de entrar en la estación! —les gritó.

En el andén, los exclusivos pasajeros del Orient Express iban llegando a cuentagotas. Sus joyas y sus carísimas ropas dejaban entrever su riqueza. Agatha se quedó mirando a un militar con un uniforme rojo y azul que miraba su reloj de oro y contaba quince pasos en un sentido y quince pasos en el otro. Su tieso bigote y el monóculo que llevaba colocado en el ojo derecho acentuaban su aspecto arisco y sospe-

choso. Entonces, Agatha le pegó un codazo a su hermano.

—¿Crees que es un espía del gobierno francés en misión secreta?

Archibald estalló en carcajadas.

—No lo creo, pero es raro. Le he oído refunfunar «¡la hora es sagrada!» mientras esperaba que llegara el tren.

Cuando el Orient Express se detuvo en el andén, el general pareció satisfecho. Pero Archibald y Agatha no lo estaban tanto. La niña se subió a un banco y se puso de puntillas para ver si Max, su madre y su institutriz venían ya.

—Calma, tenemos treinta minutos por delante —le dijo Archibald en tono burlón—. Acabo de oír que los empleados todavía tie-



nen que cargar las maletas en los vagones de equipajes.

Su hermana bajó de un brinco.

—¡Pues entonces deja de mirar el reloj como el general espía! —le contestó su hermana con cierto enojo.

Clara y miss Jeanne aparecieron por fin agarrando con firmeza de la mano al pequeño gruñón.

—Estaba siguiendo a un perrito negro —dijo Max a sus amigos—. Parecía solo y perdido, como un huérfano. Por eso he decidido ir personalmente a rescatarlo.

—¡No debes irte de esta manera ni para socorrer a uno de los cien perros de la reina Victoria! —le gritó miss Jeanne muy enfadada.

Max agachó la cabeza.

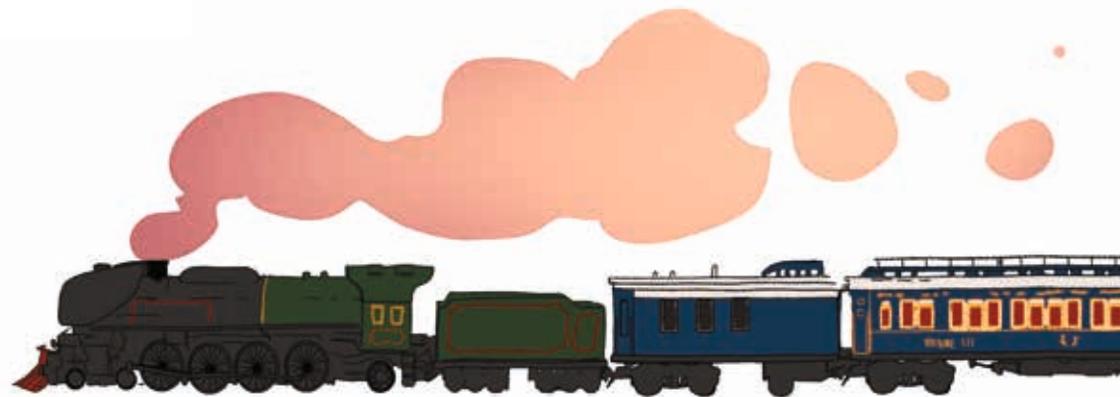
—De acuerdo —murmuró el niño—. Además, no ha estado perdido mucho tiempo. Una mujer

a la que ni siquiera he podido ver le ha gritado «¡Wurst! ¡Wurst!» y él ha saltado de mis brazos para correr hacia ella.

Feliz de pronto, Max gritó para que Agatha lo oyera:

—¡*Wurst!* ¡Eso es «salchicha» en alemán y una mujer iba gritándolo por la estación!

—¡Qué gracioso!



Con una mirada feroz, miss Jeanne los obligó a bajar la voz.

Clara le dio los billetes a Archibald. Con los ojos llenos de malicia, el joven retó a su familia a encontrar el vagón:

—Fijaos bien: la locomotora solo tira de cinco vagones. El nuestro no está a la cabeza del tren, pero tampoco a la cola. No se encuentra en el



centro y se niega a adelantar al coche central.  
¿Cuál es nuestro vagón?

Clara fue la primera en deducirlo y condujo a su pequeña tropa hacia el coche 4. Un hombre vestido con un uniforme marrón ayudaba a las damas a subir al tren.

—¡Bienvenidos al Orient Express! Yo soy el señor Germain y seré su tripulante.

—¿Usted conduce la locomotora? —le preguntó Max impresionado.

—No, jovencito, yo no soy maquinista. Mi misión es la de asistir a los pasajeros de este coche durante todo el viaje. Velaré por su comodidad, por su seguridad y por su descanso.

Archibald le enseñó los billetes al tripulante, que consultó su cuaderno.

—Por favor, síganme. Vamos a los compartimentos 3 y 4.

El militar, que había subido justo detrás de ellos, saludó con un taconazo.

—¡Aquí el general Petipetón, del ejército francés!

Archibald y Agatha tuvieron que contenerse para no reírse.

—Bienvenido a bordo, general. Yo soy el señor Germain, su tripulante. Le ruego que espere un momento, por favor.

—Ningún problema —dijo el hombre consultando su reloj—. Todavía nos quedan veintitrés minutos para la salida del tren.

